

Para quien lo conoció en esos años, antes de 1973, es difícil imaginarse al Carlos Altamirano de hoy. Reposado, tranquilo, de voz pausada, sin alterar el tono. Puede ser la consecuencia de los 80 años de edad y de esos golpes inevitables que suele dar la vida. Más allá de sus palabras, algo de pena y sentimientos de dolor refleja este hombre político, ilustrado y polémico.

Su hijo debió agregarse un nombre

El problema de llamarse Carlos Altamirano

El paso por Concepción de quien fuera uno de los líderes más resaltantes del socialismo de los años 70 ha dejado una estela de comentarios e impresiones en quienes tuvieron la oportunidad de oír su charla sobre Salvador Allende en el auditorio de EL SUR, o de compartir algunos momentos con él.

D. P. S.

Con seguridad, es difícil que haya pensado, antes de venir, que su presencia en la capital penquista podría servir para que se entendiera mejor el papel que jugó en esos años, su faceta profundamente humana, hasta ahora oculta por esa imagen de duro que de él proyecta la historia reciente.

Aunque la entrevista con Carlos Altamirano ya se prolonga por más de una hora y él, en forma disimulada, mira el reloj, como un mensaje al periodista de que "ya estaría bueno terminar", su disposición para responder las preguntas no se agota, mientras, de vez en cuando, bebe un sorbo del vaso con agua que pidió al comenzar la conversación.

Para quien lo conoció en esos años, antes de 1973, es difícil imaginarse al Carlos Altamirano de hoy. Reposado, tranquilo, de voz pausada, sin alterar el tono. Puede ser la consecuencia de los 80 años de edad y de esos golpes inevitables que suele dar la vida. Más allá de sus palabras, algo de pena y sentimientos de dolor refleja este hombre político, ilustrado y polémico. Ni el paso de los años ni su retiro voluntario de la vida política activa han logrado apagar o bajar el perfil a la relevancia decisiva que tuvo en algún momento de la historia del país.

Nosotros, los de antes...

-¿Tiene todavía contacto con sus antiguos amigos y compañeros de esos tiempos?

-Sí, prácticamente con todos ellos tenemos muy buenas relaciones. Nos vemos en forma permanente, igual que con José Antonio (el senador Viera-Gallo), quien es bastante más joven que yo. En ese tiempo, él era un joven, un niño, según mi vocabulario.

-El fue subsecretario de Justicia en el gobierno de Allende...

-Sí, pero era un muchacho, bastante más joven que nosotros...

Otro de sus amigos, casi de su misma edad, fue Armando Jaramillo Lyon, fallecido hace algunos meses en Santiago. Fueron compañeros de estudios y siguieron amigos hasta el final, "a pesar de que él era liberal", recuerda Altamirano.

-Armando Jaramillo fue crítico de Ricardo Lagos, en especial, se quejaba de que el presidente nunca lo había querido recibir con la directiva del Partido Liberal, que presidía él, y que también era de la Concertación. "Yo no necesito pedirle nada", argumentaba, "no sé por qué no me quiere recibir".

-Sí, era crítico por esa razón. Yo una vez almorzando con Ricardo Lagos se lo dije y le pedí que lo recibiera. Al día siguiente, Armando Jaramillo tuvo un llamado telefónico para que concurriera a La Moneda porque el presidente lo iba a recibir.

-¿Usted se encuentra muy seguido con el presidente Lagos?

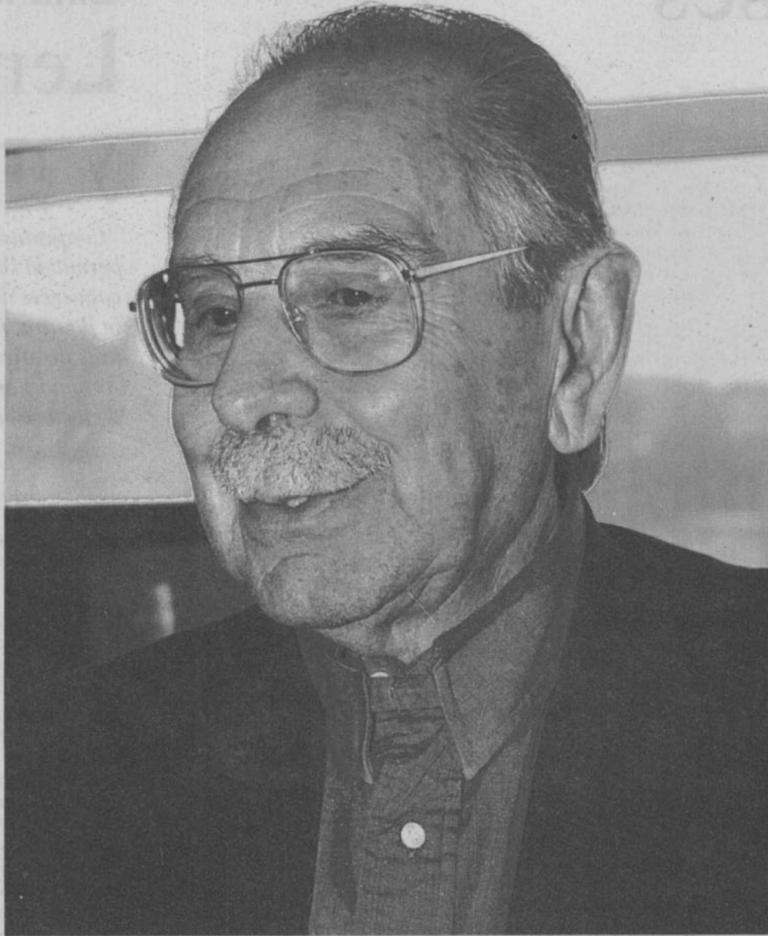
-No, de vez en cuando. Tal vez una vez a los seis meses... Yo no tengo nada que pedirle. Ya no estoy en actividad.

-Cuesta creer que usted "anda en los 80", ¿cómo lo hace para mantenerse tan bien?

-Creo que ahí intervienen elementos genéticos y métodos de vida. Como se recordó durante la charla (sobre Salvador Allende, en el auditorio de EL SUR, durante el ciclo "Grandes líderes políticos del siglo XX", que organizan este medio y la Universidad San Sebastián), yo fui atleta, junto con mi gran amigo Alfredo Jadresic, que después fue decano de la Escuela de Medicina. Desde esos años, yo me acostumbré a ser parco en la comida, en la bebida. Tomo, pero no en exceso, fumo un cigarrillo después de almuerzo, no más. No por motivos estéticos, sino por un hábito que adquirí cuando tenía 16 años. Ese hábito lo he mantenido hasta el día de hoy, camino bastante, hago una vida deportiva. Vivo pegado a la cordillera. Mis amigos me dicen que vivo más cerca de Mendoza que de Santiago, porque resido en La Florida Alto, prácticamente desde mi casa empiezo a subir los primeros contrafuertes. Si tuviera las botas de siete leguas podría llegar a Mendoza. Infiere el hecho de haber llevado una vida ordenada, haciendo ejercicios.

Estigma

Camina solo, porque su esposa actual "es una mujer urbana, no es amiga de las caminatas". El hijo varón, de los tres que nacieron de su primer matrimonio, lleva su mismo nombre,



"pero se agregó Juan, de modo que se llama Juan Carlos Altamirano, para evitar los inconvenientes que tiene llamarse Carlos Altamirano".

-¿Qué inconvenientes tiene llamarse Carlos Altamirano?

-Ha pasado mucho tiempo, pero es evidente que cuando mi hijo vuelve a Chile, hace veinte años, tenía serios problemas llevar mi nombre y mi apellido, frente a la gente en general. Algunos no son tan tolerantes en Chile. Lo mismo ocurre en la izquierda, si ven a Pinochet van a manifestar su desagrado, aunque yo no pretendo compararme con Pinochet.

-¿De Argentina partió a París?

-No, estuve en París, pero pasé por Alemania Democrática. Iba invitado a un gran acto que se haría en Italia. Al pasar por Berlín, Erich Honecker (mandatario que después se asiló en Chile, donde falleció) me ofreció quedarme en Berlín Este. En realidad, casi no vivía en ninguna parte, porque viajaba con frecuencia a los diferentes actos solidarios con el pueblo de Chile que se realizaban en distintos países europeos. Nunca en Chile habrá conciencia de la tremenda solidaridad que hubo en Europa hacia nuestro país.

-Volvió después de casi veinte años, ¿cómo recuerda el exilio?

-El exilio es muy ambiguo, contradictorio. En general, no se viven momentos muy felices, aunque yo pasé gran parte de ese tiempo en París, la ciudad más maravillosa del mundo, mi segunda patria es Francia, pero siempre está la nostalgia del país, de la familia, de los olores, el mar, la fruta. Por muy bien que lo pasara, estaba esta nostalgia, este sentimiento.

-¿Cómo y cuándo supo que podía volver?

-Lo supe por un llamado telefónico, no recuerdo de quién en este preciso momento, pero uno de los que me prestó una gran ayuda para mi retorno fue José Antonio Viera-Gallo. El presidió una delegación de parlamentarios de la Concertación y de derecha que llegaron a Estrasburgo. José Antonio (Viera-Gallo) me llamó y me pidió que me fuera a almorzar con ellos en Estrasburgo, 'un poco para que se deshaga esta imagen en contra tuya', me dijo. Efectivamente, asistí al almuerzo, conversamos largamente con los parlamentarios de la derecha, Juan Antonio Coloma, entre ellos, y contribuyeron después a facilitar mi retorno a Chile.

El patchwork

Cuando habló de su actual esposa lo relacionó de inmediato con el "patchwork" y se tomó un tiempo durante la entrevista para explicar, con admirable memoria y versación, en qué consiste esto: "Es un antiguo hábito de ciertas minorías que hay en Estados Unidos, los amish, los primeros misioneros o peregrinos que llegaron a ese país, eran de origen holandés o alemán. Esa gente pobre no desperdiciaba nada, si se rompía una camisa o un pijama, partían un trozo de esas prendas y las juntaban y cosían y hacían manteles, colchas, incluso, ropas con estos desperdicios. Algunos han pasado a ser famosísimos en Estados Unidos, se cotizaban en miles de dólares. Estando en París, en el exilio, en la cuadra donde vivíamos había unas norteamericanas que hacían clases de esta técnica. Así que ella, mi esposa, se dedicaba a eso y yo a caminar".

Está casado con ella hace años. Antes sí, tuvo un primer matrimonio, del que nacieron "tres adorables hijos e hijas, y como todo exiliado, ellos quedaron repartidos por el mundo. Una, Alejandra, vive en Londres, es casada con un famoso crítico de arte; otra, Francisca, es casada con un mexicano y vive en ese país, y mi hijo trabaja en el canal de televisión del Estado, porque estudió televisión y cine en Londres".

Jornada extenuante

Ariel Duffau, profesor de la Universidad San Sebastián, que estuvo todo el tiempo al lado de Carlos Altamirano en la visita que realizó a Concepción, desde el miércoles en la noche hasta el jueves en la tarde, reconoce que la jornada para el octogenario político socialista fue extenuante. Cenaron la noche del miércoles con Sergio Carrasco, decano de Derecho de la Universidad de Concepción, y René Fuentealba, profesor de la Universidad San Sebastián. Al día siguiente, la charla en el auditorio EL SUR, esta entrevista que duró más de una hora y el almuerzo a continuación, en el que estaban presentes Cecilia Salvatierra, de la Junta Directiva de la USS, María Cristina Martínez y Jaime Sepúlveda, médicos y concejales de la Municipalidad de Concepción.

Aparte de ello, saludos, abrazos, apretones de manos, preguntas. En todos se habló de los mismos temas políticos, de la globalización, de las responsabilidades del 11 de septiembre de 1973, de la evolución de la sociedad, del otro mundo que estamos viviendo.

Tal cual lo dijo en esta entrevista, tanto en la cena como en el almuerzo, demostró que se cuida de verdad en el comer y el beber. En ambas ocasiones pidió pescado a la plancha, ensalada de verduras y algo de vino tinto.

Altamirano, el hombre

Ariel Duffau, demócratacristiano, nunca había estado tanto tiempo cerca de Carlos Altamirano. "Me impresionó la parte humana", señaló. "Para alguien como yo, que nunca compartió ni comparte su pensamiento, oírlo hoy invita a la reflexión. Creo que cuando habla un testigo y protagonista de la historia, el resto debe callar. Hoy día Altamirano no es el líder político de otros tiempos, es un chileno más, un chileno que tuvo responsabilidades, pero no todas ni la única responsabilidad. El era secretario general del PS y como tal, creo que no podía haber hecho otra cosa que lo que hizo. Hay mucho que aprender de su parte humana. No habla con soberbia ni con ira. Hay que aprender para no repetir los errores de otras épocas. El tiene claro eso. Como tiene claro que no fue el único causante de lo ocurrido. Lo del 11 de septiembre es algo que tenía que ocurrir, con o sin Altamirano. Su discurso final no cambia nada".

El decano Sergio Carrasco Delgado tuvo una larga conversación con Carlos Altamirano, como parte del estudio que realiza sobre los líderes del siglo XX. Destacó la deferencia y apertura de sus respuestas. "Me pareció fundamentalmente un intelectual, de contenido teórico y con una visión europea de las concepciones políticas actuales", señaló. "Se siente afectado por la responsabilidad que se le atribuye en el derrocamiento del presidente Allende, hecho que, en realidad, no puede imputársele en la forma que suele hacerse. Me parece que no tiene una visión renovada e histórica de los hechos anteriores a 1973".

Choque generacional

Si evidente fue el entusiasmo de los adultos jóvenes y no tan jóvenes, por conocer y oír en persona a Carlos Altamirano el día que ofreció la charla sobre Salvador Allende en el auditorio de diario EL SUR, más grande fue la sorpresa cuando, al finalizar la disertación, se le acercaron cuatro alumnos de enseñanza media de un liceo de la ciudad. Una del grupo se adelantó, le dio la mano y le dijo "para nosotros es un honor saludarlo y estar con usted". Esas palabras fueron refrendadas por los otros integrantes del grupo, muchachos quinceañeros que de Altamirano sólo tienen referencias por lo que han leído u oído.

O esa otra situación, cuando salía de la Universidad San Sebastián para dirigirse a EL SUR y lo abordó un alumno. Lo saludó con entusiasmo, al tiempo que le extendía un cuaderno pidiéndole un autógrafo. El choque de generaciones quedó claro cuando el joven exclamó, con evidente admiración, "para mí estar frente a usted es como estar frente a Michael Jackson". Altamirano sólo sonrió.

